

las muchas comparaciones de que usaba; pero salió con valor á su defensa D. Enrique Ojero de la Cruz, quien escribió muy juiciosamente: "Su lenguaje era parabólico, y se hacía entender con agrado de todos, menos de sus enemigos, que se apoyaban en esto para rebajarle como á un hombre vulgar. Yo mismo reté diferentes veces á alguno de ellos diciéndoles: "Si la parábola es tan vulgar, hagan Uds. una." Y cuando veía confusos á los que se tenían por sabios y dominadores de la palabra, les corregía su facilidad en juzgar poniéndoles el ejemplo del divino Maestro, que hablaba siempre en parábolas."

Pero nadie mejor que el mismo Siervo de Dios sabe explicar las ventajas de las comparaciones y de los ejemplos, mayormente cuando se toman de la Escritura y de las Historias natural y eclesiástica. En unas notas manuscritas dejó acerca de este punto un razonamiento muy discreto y substancioso, que por serlo tanto, y por mostrarse en él teórica y prácticamente la verdad de lo dicho, me ha parecido conveniente traerlo aquí, que sin duda será de utilidad, no sólo á los predicadores, sino también á cuantos pública ó privadamente ejercen el ministerio de la enseñanza, y aun á toda clase de personas si desean amenizar las conversaciones y hacerse comprender con facilidad de aquellos á quienes comuniquen sus negocios. El discurso, pues, dice así: "San Gregorio Niceno, antes de empezar á escribir la vida de Moisés, hace un largo exordio, probando con muchas razones la utilidad de las vidas de los santos y el grande provecho de sus buenos ejemplos; por donde se ve cuánto conviene no olvidarlos, sino antes refrescar continuamente su memoria para mover á los fieles á la imitación de sus virtudes, porque no hay cosa que más mueva y aliente á los unos como los buenos ejemplos de los otros, haciendo fácil lo que parecía difícil é impracticable; y como los santos van delante, nos convidan á seguirlos y nos espolean con su ejemplo para que caminemos con fervor por la senda de la virtud y de la santidad. Son nortes que enderezan el viaje de nuestra navegación, son faros que nos enseñan el puerto de la salvación eterna y nos advierten los escollos que debemos evitar para no caer en un naufragio. Son los ejemplos y vidas de los santos espejos en que nos hemos de mirar para quitar defectos y adornos de virtudes. San Francisco de Sales dice que la diferencia que hay de la música es-

crita á la cantada, ésta es la que hay del Evangelio á las vidas de los santos, porque éstos practicaron lo que en el Evangelio está escrito. Plutarco (*In moral. lib.*) ha dicho que los ejemplos de hombres buenos son semillas de obras santas, y que como semillas deben sembrarse y repetirse si se quieren reportar cosechas de virtudes. Son los ejemplos alimento para los sanos y medicina para los enfermos, y por lo mismo se deben tener siempre prevenidos y hacer de ellos un buen uso. San Anastasio Niceno dice que son tan necesarios los ejemplos de los santos para que las almas obren perfectamente, como el riego á la tierra para que dé fruto.

„*Fulgebunt justi sicut sol.* Es tan necesario el ejemplo de los buenos á la sociedad como lo es al universo el sol que le alumbra, calienta y vivifica; así el ejemplo de los buenos calienta y vivifica á las gentes. "La doctrina, por buena que sea, —dice San Gregorio,— suena y pasa; pero el ejemplo queda „impreso en la memoria." La doctrina es como la pólvora; pero el ejemplo es como la bala, que hiere ó mata: la pólvora sola no hace más que ruido; así la doctrina sola no hará más que ruido; preciso es ponerle algún ejemplo que sirva de bala. "El „ejemplo, —dice San Gregorio,— es como una hacha encendida „que alumbra al que la lleva y á los que le rodean. *Longum „iter est per verba; breve et efficax per exempla.* "Largo camino „no es enseñar por palabras, pero breve y eficaz por ejemplos." Séneca dice: *Duo illa maxime movent; similitudo et exemplum.* "Dos cosas mueven grandemente, que son las semejanzas y los ejemplos." Y Cicerón (1): *Nihil ita percutit ut exemplum.* "No hay cosa que así hiera y despierte como el ejemplo." Santo Tomás dejó escrito: *In omni negotio magis movent exempla quam verba* (2). "En cualquier materia y negocio que se quiera persuadir, mueven más los ejemplos que las palabras." San Gregorio Magno dice que nada hay que mueva más los corazones de los hombres que los ejemplos de otros hombres; porque si son santos los mueven á serlo, y si son pecadores castigados por sus culpas, escarmientan en cabeza ajena. Por esta razón era tan aficionado el Santo á escribir y referir ejemplos. Igualmente lo hacían San Agustín, San Pedro Damiano,

(1) Lib. III *De Orat.*

(2) 1.^a 2.^{ae}, q. 34, a. 1.

el venerable Beda, Santo Domingo y San Vicente Ferrer. Todos éstos y otros usaban de ejemplos y comparaciones, y lo que es más, Jesucristo, modelo y maestro de predicadores, en un solo sermón puso tres ejemplos de rigurosos castigos: el del diluvio, el del fuego de Sodoma y el de la mujer de Lot (1). Además, siempre usaba de comparaciones y parábolas, de manera que *sine parabolis non loquebatur eis* (2).

„Los hombres prudentes según el mundo y los herejes no quieren ejemplos, como lo advierte San Agustín escribiendo contra el hereje Fausto, el cual se atrevió á hablar sacrilegamente contra la Sagrada Escritura por contener ejemplos. Dice, pues, San Agustín que los ejemplos de la Santa Escritura son escarmiento para los malos y espuela para los buenos, á fin de que unos y otros alaben á Dios y le den infinitas gracias porque, habiendo merecido por sus culpas semejantes castigos, no se los ha dado, sino antes bien muchas mercedes, inspiraciones y lugar de penitencia y ocasiones de ganar el cielo. Pena y premio son las dos pesas con que se rige el reloj del corazón humano y las dos espuelas con que se alienta á caminar, por lo cual usa de ellas frecuentemente la Sagrada Escritura; mas si alguno por malicia, flaqueza ó ignorancia se aprovechara mal de tan saludables documentos, no tienen ellos la culpa, ni se han de prohibir por eso, así como no sería propio de un buen Gobierno el quitar los ríos porque algunos se han ahogado en ellos, siendo tan útiles y necesarios al bien común.

„Finalmente, diremos que los ejemplos de la gloria sirven para alentar á los tibios; los del juicio y de la muerte para despertar á los dormidos, y los del infierno para contener á todos en sus depravados apetitos. Concluiremos con estas palabras de San Isidoro: „Los tormentos ajenos sean escarmientos propios; mira en tu prójimo las penas que has de temer y te pueden venir; huye del hoyo en que ves caer á otros que van delante de ti; su perdición sea tu cautela, abstente del pecado y de la ocasión de cometerlo.„ Hasta aquí son palabras del Sr. Claret. Dejando ya este punto del método y estilo de

(1) Luc., XVII.

(2) Matth., XVII.

sus sermones, veamos los diversos oficios que solía ejercitar en la santa Misión.

4. Los principales se reducían á enseñar el Catecismo á los niños; á los doctrinales, á los sermones y á los ejercicios espirituales. Diremos alguna palabra acerca de cada uno de ellos. La enseñanza de la Doctrina cristiana á los niños fué uno de los actos predilectos del P. Claret en todo el decurso de su vida; le ejercitó siendo estudiante, continuó en ella con mayor ahinco después de su ordenación sacerdotal, y no se desdeñó de enseñarla cuando Arzobispo.

Decía que éste es el fundamento de la instrucción religiosa, y á la verdad, sabidos los principios de la Religión por medio de la Doctrina cristiana, pronto se entienden las verdades en ellos contenidas, é iluminado el jovencito con estos resplandores de la fe, descubre los peligros que ha de evitar y los caminos que ha de seguir si no quiere extraviarse. El Catecismo es el preservativo de la ignorancia y de la corrupción de las costumbres. En los tiernos corazones de los niños es en donde, como en blanda cera, se graba el sello de la doctrina cristiana, y las palabras que en su infancia no entienden, en el decurso de los años muéstranse patentes á los ojos de sus almas. Antonio recordaba los ejemplos de aquellos grandes santos que tanto se distinguieron en esta obra de caridad y celo; imaginábase á un San Dionisio Areopagita, á un Clemente Alejandrino, á un San Gregorio el Grande, á un San Ignacio de Loyola, á un San Francisco Javier y á otros varones eminentes en santidad y ciencia cuando enseñaban el Catecismo á los niños; se representaba á los Apóstoles ganando para el paraíso los pequeños; figurábase sobre todo á Jesucristo, al amante de los niños, en el acto en que decía: „Dejad que los niños se acerquen á mí, pues de ellos es el reino de los cielos.„; y con esta memoria era muy grande el amor que tenía á esta obra de celo apostólico. Exhortaba á los sacerdotes á esta importante enseñanza, y les prescribía el modo de hacerla con su autorizado ejemplo. Colocaba á los niños en semicírculo, sentados ó de pie, y poníase él en medio al frente de ellos, de manera que con una mirada los pudiera ver á todos. Si eran muy numerosos los distribuía en grupos, haciéndose ayudar por otros catequistas. Si éstos no eran bastantes para el número de niños, escogía uno ó dos de los mismos niños más instruidos y

sensatos, y por medio de ellos enseñaba á los más pequeños é ignorantes. Principiaba el Catecismo por la señal de la cruz, el rezo de tres Avemarias á la Virgen santísima y un Padre-nuestro á los ángeles custodios. Su método era comenzar preguntando á un niño que supiera responder, y si no lo había, enseñaba á uno la respuesta palabra por palabra. La misma pregunta hacia alternativamente á otros niños por separado y á todos juntos á la vez. Cuando sabían ya responder á la primera pregunta los instruía en la segunda, luego la juntaba con la primera, y así continuaba hasta donde el tiempo le permitía llegar. El día siguiente les hacía repetir las preguntas y respuestas del anterior, y cuando sabían bien el Catecismo se lo preguntaba usando de palabras diferentes para conocer si lo entendían. Solía decir que en la enseñanza de la Doctrina cristiana el principal defecto del catequista es el hablar demasiado. No corregía por sí mismo al niño que no respondía bien, sino por medio de otro niño, y así los tenía atentos, particularmente cuando los obligaba á responder todos á la vez. Concluía el acto juntando los grupos si los había, y haciéndoles un discursito de pocos minutos en términos claros y sencillos, acomodados á su edad, talento y costumbres, y ponía algún ejemplo con alguna breve reflexión á fin de excitarlos á ser buenos cristianos. Estimulábalos, en fin, dándoles algunas estampitas de máximas buenas, que ellos recibían con gusto y se llevaban á sus casas. Mostrábanlas á sus familias y eran ocasión de que alguno de los suyos, leyéndolas por mera curiosidad, se moviera á la detestación de sus pecados.

El celo del Siervo de Dios por la instrucción catequística de párvulos y niños le inspiró la edición de cuatro opúsculos: el primero, brevísimo, para uso de los pequeñitos que comienzan á hablar, hasta la edad de siete años; el segundo, breve, para los menos capaces; el tercero, más extenso, para los de mayor capacidad, y por último, el cuarto, llamado *Catecismo explicado*, del cual el Dr. D. Antonio Gili, catedrático de Teología escolástica en el Seminario de Barcelona, cuando salió á luz decía que era el mejor libro que el P. Claret había escrito hasta entonces. Los otros tres opúsculos primeros, para mayor comodidad de los que usaban el pequeño Catecismo, se imprimió en un solo tomito, con señales en las preguntas más necesarias y en las escritas solamente para niños y adultos

pocos capaces ó que disponen de tiempo muy escaso. Con su industria y su compostura grave y santamente amable, á todos los niños tenía quietos y muy atentos sin necesidad de castigos ni de amenazas.

Otra de las cosas principales en que el Siervo de Dios se ocupaba en las santas Misiones era el punto doctrinal ó explicación del Catecismo á la muchedumbre del pueblo, la cual solía él hacer con mucha gracia y no menor aprovechamiento de los fieles inmediatamente antes del sermón, al cual servía como de introducción ó exordio. Como se apuntó ya en otro lugar, el primer día de la Misión en que predicaba del misterio ó de la fiesta, que era el objeto del septenario, octavario, novenario, etc., se omitía el punto doctrinal; pero en los demás días, para instruir al pueblo en el cumplimiento de la ley de Dios y en los deberes de todo buen cristiano, explicaba los Mandamientos del Decálogo; y aunque esta instrucción sirviera como de preámbulo al sermón, tenía también de por sí un corto exordio, proposición y división de partes. Al exponer la materia aducía asimismo algunas razones y autoridades que confirmaran la doctrina, aunque breves y poco numerosas, pues se valía para ello principalmente de semejanzas y ejemplos, los cuales, al paso que amenizaban la instrucción, aclaraban mucho las verdades expuestas y las hacían comprender aun á las personas más rudas é ignorantes. Y para que la enseñanza fuera más práctica y asequible, sacaba siempre de ella máximas morales que contribuyeran á mejorar las costumbres, prescribía medios fáciles y seguros para su fiel observancia, y deshacía las excusas con que muchas personas intentaban justificarse del quebrantamiento de los divinos preceptos.

Estas sencillas instrucciones, hechas con claridad y sencillez, sin ornatos oratorios y con estilo familiar y eminentemente práctico, eran sobremanera útiles y fructuosas al pueblo, y de ellas, como atestiguaba el Siervo de Dios, solía sacar mayor provecho que de los mismos sermones. Su duración no pasaba de veinte minutos: de ordinario, para comenzar y entrar en el asunto, hacía un breve, claro y substancioso resumen de lo dicho en el día anterior, pues este método, como él con mucha razón aseguraba, es más cómodo al Misionero y más ventajoso y útil al auditorio. “Algunos de los oyentes, —decía

con donaire, — son tan duros de cabeza que no les entran en el entendimiento las verdades de la Religión sino á fuerza de golpes de repeticiones. „ Además, por este medio, los fieles que por razón de sus ocupaciones ó por otras causas no habían asistido al punto doctrinal del día anterior, se enteraban del asunto ya explicado, y con esto se disponían para entender con mayor claridad la doctrina que les iba á exponer y para que ésta les entrara más en provecho. Aunque la repetición era muy breve, siempre les instruía más que las explicaciones que por ventura les había dado alguno de los que asistieron el día antes, pues á menudo acaece que muchos quieren explicar cosas que apenas pueden alcanzar á entender.

En los términos de que usaba era en extremo cauteloso, y con ser muchos los que iban á oírle con la mala intención de cogerle en alguna palabra que les diera pie á una delación, nunca pudieron conseguirlo. Acontecía lo que á los escribas y fariseos, los cuales escuchaban á nuestro Señor Jesucristo, *ut caperent eum in sermone*, para cogerle en alguna expresión que le pudiera comprometer. Como el Siervo de Dios dió principio á las Misiones después de la encarnizada guerra de los siete años, cuando hervían aún las pasiones políticas y los ánimos estaban agitados, y en el país mismo donde los partidos acababan de disputarse la victoria, el peligro era muy grande; empero su prudencia era mayor, evitando hasta las voces que sólo por ignorancia ó por malicia pudieran echarse á mala parte, para quitar con esto todo pretexto á los que acechaban su conducta buscando en qué agarrarse para impedirle el ministerio de la predicación. Había por aquel tiempo en España dos bandos políticos, llamados serviles unos, y liberales otros. Algunos autores, ó mejor, la mayor parte de ellos, al explicar el tercer Mandamiento de la ley de Dios, usan de esos mismos términos, y por cierto con mucha propiedad, para indicar cuáles son los trabajos que en los días festivos se prohíben y cuáles son los que se permiten; mas el P. Claret, para no dar ocasión á las hablillas de ciertos hombres que luego hubieran susurrado y acaso denunciado á la autoridad civil que el Padre misionero hablaba de política, jamás usó de ellos, sino que empleó otros equivalentes. Esta misma prudencia y moderación observó constantemente en sus predicaciones.

Después del punto doctrinal seguía el sermón, que tenía por objeto mover á los oyentes al aborrecimiento del pecado y á la práctica de la virtud, así como aquél era más bien instructivo, tendiendo á ilustrar y perfeccionar el entendimiento con la noticia de las verdades religiosas. A lo dicho anteriormente acerca de este punto sólo añadiremos aquí el testimonio de un sabio y virtuoso sacerdote que le oyó muchas veces, no sin grande admiración y sin que concibiera por él veneración y estima. “ Los sermones, — dice, — sin ser piezas perfectas de oratoria, salían, no obstante, nutridos de doctrina sana, llenos de textos bíblicos y de Santos Padres, y embellecidos con multitud de comparaciones ó símiles tan sencillos como oportunos y variados, sin dejar nunca de ser delicados é ingeniosos. Su estilo era sencillo, claro y animado, siendo muy notable y por muchos notado que, con ser muy rápida su palabra y no durando sus pláticas menos de una hora, ni se entorpecía la lengua, ni debía corregir palabra ni concepto, á pesar de que su preparación era una visita á Jesús y á María (1). „

De otro predicador se hubiera dicho acaso con razón que el no detenerse más en el estudio de las materias que predicaba era tentar á Dios ó presumir harto de sí; mas en el P. Claret, que de tanto tiempo atrás iba preparándose, que meditaba de continuo en las verdades que eran la materia ordinaria de sus discursos, que reflexionaba con tanta madurez sobre cuanto veía y leía, que en su oración, casi nunca interrumpida, recibía de Dios tantas iluminaciones sobrenaturales, y que en aquella época, según el P. Feu, sacerdote ejemplar del Oratorio (2), se acordaba de cuanto había leído, nada tiene de extraño y sospechoso semejante proceder, como lo acreditó además sobradamente el brillante resultado de sus sermones, con los cuales millares de almas se convirtieron al Señor, y muchas otras que le servían con tibieza y flojedad cobraron sobrehumano aliento para correr con alegría por el camino de la perfección.

Difícil es y aun imposible conseguir la reforma de un pueblo si todas las jerarquías sociales no entran en este movimiento

(1) Ilustre Dr. D. Felipe Vergés, carta del 1.º de Marzo de 1882.

(2) Declaración de D. José Quintanas y Riambau.

de perfección moral y de mejora en las costumbres, trabajando á la una en cumplir los Mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia y los deberes de su estado respectivo, dándose ejemplo y comunicando en unos mismos sentimientos de piedad y devoción, á la manera que los miembros del cuerpo humano comunican entre sí el calor natural, y como informados de una sola alma dan proporción, salud y hermosura al organismo. Por esta razón el P. Claret, no contento con las pláticas y con los sermones hechos al pueblo en la iglesia, cuando se le ofrecía ocasión oportuna hacíalos también á los sacerdotes, á los seminaristas, á las religiosas de clausura, á las hermanas de Institutos de Beneficencia y enseñanza, á los niños y á las niñas de escuelas ó de colegios, á las Cofradías, á las Asociaciones de caridad, á los enfermos de los hospitales y á los presos detenidos en las cárceles.

A los sacerdotes de la población adonde iba y de los pueblos comarcanos, los reunía en una capilla ó sala espaciosa, y les hablaba con tal unción y copia de doctrina acerca de los deberes del estado eclesiástico, que se veían como constreñidos á trabajar en santificarse á sí mismos y en la salvación de las almas que se les habían confiado. A las monjas de clausura inculcaba el amor á la vida perfectamente común, el aspirar siempre á más subida perfección, imitando á las vírgenes prudentes en esperar al celestial Esposo con las lámparas encendidas y bien provistas del aceite de la caridad y de todas las virtudes, y á gemir como palomas las desgracias de la Iglesia, rogando al Señor que las remedie. Encomendaba á las Hermanas de la Caridad el cuidado diligente de los pobres y enfermos, con el único fin de servir en ellos á Jesucristo, el recato y decoro que á las religiosas conviene y la fiel observancia de sus votos: á las de enseñanza prescribía de un modo especial la paciencia en dar á las niñas la instrucción religiosa y la propia de su sexo y en prevenirlas contra los peligros del mundo corruptor. Predicaba á los niños y niñas de las escuelas la obediencia á sus maestros, la diligencia en aprender, el huir de las malas compañías y una tierna devoción á María santísima. A los cofrades ó á los socios de Congregaciones piadosas recomendaba eficazmente el cumplimiento de los preceptos de Dios y de la Iglesia, el ejercicio de la caridad y de las buenas obras, el dar en todas partes buen ejemplo á to-

dos, de manera que resplandeciesen entre los demás cristianos por su fe y por sus virtudes. Quebrantaba y rendía los duros corazones de los criminales y encarcelados con el temor de los divinos juicios y de las penas por nuestras culpas merecidas; pero cuando los tenía ya movidos y los veía horrorizados del abismo de sus culpas, los consolaba con la esperanza del perdón, con los padecimientos de Cristo, á quien siendo inocente encarcelaron y condenaron al último suplicio, y con los méritos que para el cielo adquirirían llevando en paciencia sus penas y trabajos. En fin, para todos los grados y jerarquias de la sociedad hallaba reflexiones oportunísimas, consejos adecuados y consuelos especiales que les aliviarian sus respectivas cargas. Y eran siempre tan felices los resultados de su ardiente celo que, instado á predicar en diversas iglesias y por distintas Asociaciones, acaecía muchas veces que por complacerlos á todos pronunciaba seis y hasta ocho sermones en un día. Lo que le quedaba del tiempo después de sus predicaciones lo empleaba en confesar, en orar y en responder á varias consultas que le hacían.

Otra de las ocupaciones más importantes del ministerio apostólico del P. Claret era el dar ejercicios espirituales á toda clase de personas. En las Misiones hablaba al pueblo en general, usaba de un lenguaje claro y sencillo, aunque siempre decoroso, no ostentaba mucha erudición ni gran copia de razones, aunque tampoco las descuidaba, sino que se servía de abundantes ejemplos y semejanzas que pusieran la doctrina al alcance de los más rudos, y de la enérgica entonación que conmueve los ánimos de la sencilla muchedumbre. Mas en los ejercicios espirituales era otra cosa enteramente distinta; se acomodaba á la condición del escogido auditorio, subía más ó menos el estilo según la capacidad de las personas que le escuchaban, trataba asuntos que tocaban derechamente al auditorio, se levantaba á veces hasta lo más encumbrado de la ciencia teológica y moral, aclaraba los puntos más delicados de la ascética y presentaba con gran penetración de espíritu los lazos cristianos que deben estrechar á los hombres en los diferentes oficios de la sociedad y el modo fácil de santificarse en cada uno de ellos, aun en los más aristocráticos ó expuestos á las vanidades del mundo. Pueden en general reducirse á tres clases las personas á quienes dió ejercicios el P. Claret:

el clero, las religiosas y las Congregaciones piadosas de seculares.

Para apreciar como es justo la vasta erudición del santo Misionero, fuera menester haberle oído dando al clero ejercicios espirituales. ¡Qué raudal de doctrina brotaba entonces de sus labios! ¡Qué ideas tan sublimes vertía de ellos, casi sin darse cuenta y como quien da curso libre y natural al torrente largo tiempo represado en su pecho! ¡Qué unción tan divina, qué celo tan apostólico manifestaba entonces! Personas hubo, á la verdad bastante sabias y leídas, que le habían oído en las Misiones y formado de él no muy buen concepto por lo que atañe á erudición y alteza de pensamientos; pero al escucharle en estos ejercicios decían asombradas: "No parece el mismo; esto que nos dice es cosa muy diferente de cuantas le habíamos oído."

Un religioso de gran talento, virtuoso y distinguido orador, el P. Jacinto Coma, religioso mínimo, dijo en una ocasión al Rdo. P. Clotet, de nuestra Congregación, estas palabras: "Cuando el Siervo de Dios dió ejercicios al clero de Manresa y de los pueblos vecinos, á los cuales asistí, al comenzar su primera instrucción ó conferencia creía yo oír á un predicador común y ordinario; pero á medida que nos hablaba parecióme ver á un hombre que se iba levantando á grande altura y poniéndose sobre el nivel de todos los demás predicadores." "En estos retiros. — escribe el Ilmo. Aguilar, obispo de Segorbe, — el P. Claret parecía otro hombre, que el que estábamos acostumbrados á ver en el púlpito de la iglesia."

Abundantísima mies cosechó en todos ellos, porque su voz, animada del espíritu apostólico, humilló á los soberbios, levantó á los caídos, esforzó á los pusilánimes, encendió á los tibios y dió nuevo y soberano aliento á los fervorosos. Al entrar en la iglesia de un pueblo conociase al instante si el sacerdote que estaba al frente de ella había tenido la dicha de oír en ejercicios al Siervo de Dios; porque si acaso no hacía antes oración mental, se le veía ahora, antes de celebrar, arrodillado en fervorosa oración al pie del altar santo; celebraba luego la Misa con más devoción y con mayor observancia de las rúbricas que de costumbre, enseñaba con más frecuencia el Catecismo á los niños, se sentaba á menudo en el confesionario, predicaba al pueblo la palabra de Dios los domingos y

días festivos, y cumplía, en una palabra, con mayor fidelidad todas las disposiciones dadas por el sagrado Concilio de Trento para el recto desempeño de la cura pastoral. Deseando el P. Claret sellar con su ejemplo las instrucciones dadas á los eclesiásticos, concluía á veces los ejercicios besándoles los pies, y con este acto de humildad los dejaba confundidos y no salían de allí sin derramar lágrimas.

No fué de menos provecho el Siervo de Dios á las religiosas de todo género y condición á quienes dió ejercicios espirituales. Como de nuestra cosecha estamos todos inclinados á la flojedad y sentimos más ó menos el peso de la carne, necesitamos renovar el espíritu de cuando en cuando, aunque estemos consagrados á Dios por los votos religiosos. En los tiempos en que el P. Claret dejaba huellas de su ardiente celo en todas las poblaciones de Cataluña, no se conocía persona más á propósito para resucitar el fervor en cualquier Comunidad religiosa, y así de todos los conventos le llamaban á porfía para que les diera los ejercicios espirituales y adelantaran sus almas en la perfección. Sabía pintar con tal arte y viveza lo mucho que ofenden á Dios las menores faltas, los peligros de la divagación de las potencias y del derramamiento de los sentidos, las excelencias de la propia abnegación y la hermosura del alma dada enteramente á Dios y despegada de las aficciones con que suelen entretenerse algunas religiosas, que las movía á gran dolor aun por las faltillas de regla, y salían todas con deseos de gran perfección, con ánimo de mortificar los sentidos, la imaginación y las pasiones, con propósito de guardar escrupulosamente todos sus votos y de no aspirar sino al agrado del divino Esposo, á desagraviarle por las injurias que recibe de los hombres y á rogar por las necesidades de la Iglesia y por los que pelean las batallas del Señor.

También las Asociaciones piadosas, Hermandades y Cofradías tuvieron á suma honra el que el varón de Dios les diera ejercicios espirituales para renovar en ellos el espíritu propio de su Congregación. En cuantos tuvieron la dicha de oírle en estas ocasiones se despertó por él vivo entusiasmo, y tal impresión hicieron en ellos sus discursos que les duró su feliz recuerdo todo el resto de su vida. Uno de los socios que le había tratado muy de cerca escribía en estos términos: "Tuve

el consuelo de recibir sus ejercicios y de oírle diferentes veces á puerta cerrada y en concurso de personas espirituales; y como en estas ocasiones estaba en completa libertad su espíritu, sus palabras salían como llamas de su pecho que encendían todos los corazones y convertían la capilla en un cielo (1)."

Los frutos que el P. Claret recogió en estos y en otros actos de su ministerio apostólico no son para dichos en pocas palabras, ni aun para escritos en muchos volúmenes, aunque algo se irá diciendo en el decurso de su vida con la gracia de Dios; porque ¿quién puede enumerar las conversiones que hizo, las almas tibias á quienes obligó á emprender el camino del fervor, las que levantó á muy subidos grados de santidad, las obras benéficas que sus consejos inspiraron, las Congregaciones piadosas que brotaron vivificadas por el aliento de su incansable celo, y todo, en fin, lo que para la gloria de Dios y el bien del prójimo se hizo merced á la eficacia de su palabra evangélica? Escribir la historia de cada una de esas almas, sus luchas interiores, sus hábitos inveterados en el mal, los obstáculos que ponían á la divina gracia, sus preocupaciones, su temperamento, y luego la mudanza repentina obrada en un instante en sus corazones, quizá con una sola palabra del Siervo de Dios, acaso con un solo acento desgarrador salido de su alma como un eco infinitamente triste é infinitamente amoroso del Corazón de Jesucristo, quejoso de la ingratitude del pecador; describir las tempestades de encontradas pasiones producidas en un momento en los corazones de los oyentes por la voz del P. Claret, que, como acerada flecha, hería de muerte los apetitos de la carne, por lo cual éstos se revolaban furiosos contra el alma que iba á romper para siempre sus cadenas; pintar todo esto con viveza y maestría, de manera que se reflejara en el cuadro la realidad de las cosas, sería referir en parte la historia del Siervo de Dios; mas ¿quién podría contar los millares de conversiones de este género, y quién, por hábil que sea, es capaz de encarnar en la palabra humana las gigantescas batallas del espíritu, las inefables maravillas obradas en lo interior de las almas, donde sólo Dios tiene su asiento y donde nadie puede penetrar si no es la sabiduría infinita? Mas aun averiguadas todas estas cosas, sería

(1) Carta de D. Enrique Ojero de la Cruz, del 18 de Agosto de 1880.

menester indagar las obras piadosas que por su medio se llevaron á cabo, los actos de humildad, de caridad, de mortificación y de todas las demás virtudes que por su consejo se practicaron, las personas que apartó del mundo y atrajo á la religión y, en fin, tantas otras cosas que sólo el día del juicio universal, cuando parezcan claramente delante de todos las acciones de cada uno, las sabremos y comprenderemos; y así, por ahora nada más diré, y mejor será que pasemos á ver varios otros medios de que se servía para hacer tanto fruto en las Misiones, para que le imitemos en lo que buenamente podamos.

5. Leyó acaso el Siervo de Dios, siendo aún estudiante, que entre los primeros Padres de la Compañía de Jesús había un Hermano lego muy espiritual y celoso que salía todos los días de casa para comprar lo necesario á la Comunidad; y como con esta ocasión debiera tratar con las personas de fuera, aprovechó la coyuntura para hablarles de Dios y de cosas de espíritu, con lo cual se cuenta que ganó más almas para Dios que muchos Misioneros predicando. Este ejemplo llamó mucho la atención á nuestro Padre; y como ardía su corazón en el celo de la gloria divina y de la salvación de las almas, resolvió al punto imitarle.

Comenzó á valerse de este medio con sus queridos discípulos, pues, como ya se dijo en su lugar, en las juntas y mutuas conferencias que tenían hacia con mucha industria recaer la conversación sobre el deber de hacerse santos y de ayudar á la conversión de los pobres pecadores. Sus pláticas y conversaciones eran siempre espirituales, aunque sabía muy bien amenizarlas con historietas y dichos ingeniosos que instruían á la vez que deleitaban. Especialmente en los viajes era muy diestro para introducir conversaciones piadosas y entretener útil y sabrosamente á los viajeros que no sabían en qué ocuparse. Así lo testificaron muchos de los que en ellos tuvieron la dicha de acompañarle. Merece singular mención lo que uno de éstos escribió al Rdo. P. Claret

Era este señor el presbítero D. Antonio Potellas, que trató muy familiarmente con el Siervo de Dios. En un viaje en que era aquél su compañero, comenzaron á platicar sobre la devoción á la Virgen, y el Sr. Potellas, valiéndose de la confianza que en él tenía nuestro Padre, le dijo: "Paréceme, Antonio,